

Casi matan a José

Por Carmen Lucía Munguía/ Comisión Estatal de Derechos Humanos Sonora

Se fijó en el espejo y se percató del involuntario reflejo de unas ojeras espesas que le daban un aspecto triste a su rostro, aunque no hizo nada por remediarlo. En la noche había esperado a su esposo con los niños en la mesa pero José no llegó a cenar. Lizeth, preocupada, retorció los labios antes de irse a dormir. Pasaba de la media noche.

La mala noticia llegó de golpe como suele pasar con ese tipo de cosas. José le habló al celular para decirle que lo habían golpeado en la Comandancia y estaba en el hospital. Era temprano por la mañana, ella limpiaba los pisos de una casa de la colonia Las Lomas al sur de la ciudad. No tenía crédito para regresarle la llamada y llorando le pidió ayuda a la hija de su patrona: una niña de once años, de piel morena y con el cabello rizado. Luego le agradeció fugazmente y se fue. Tomó la ruta cuatro que la llevó hasta el Hospital General a donde van los que no tienen seguro médico. En el camino no se fijó en los automovilistas que cantaban felizmente mientras conducían, tampoco en las mujeres que se maquillaban cuando el semáforo estaba en rojo, ni siquiera en los impacientes que hacían sonar el claxon.

Se había hecho un chongo el cabello desparpajado aún húmedo y maniobraba para acomodarlo mientras intentaba contener un odio espantoso que le amuinaba el rostro. Lloraba. Su esposo estaba grave, un policía lo había golpeado brutalmente. En el camión, apenas había alcanzado un lugar disponible, el autobús iba repleto.

Pesados como dos rocas

José, el marido de Lizeth, un hombre de tez morena, medio flaco y de escaso bigote, se había embriagado luego de haber reparado una vivienda deteriorada. Trabajaba como albañil, aunque apenas cinco años atrás había sido estudiante de Ingeniería en la

Universidad de Sonora. En ese entonces para completar los gastos lavaba carros en Sanborns, una de las tiendas que pertenecen al hombre más rico del mundo, Carlos Slim.

La noche del viernes, cuando Lizeth se quedó esperando en la cocina con los niños; el cuerpo de José tambaleó por las calles. Su paso zigzagueante estuvo a punto de hacerlo caer de bruces sobre el pavimento en un par de ocasiones. Estaba borracho, y por lo mismo, parecía que reía con la noche, aunque la sonrisa era más bien inconsciente. Siempre era lo mismo, intentaba levantar los párpados para poder llegar a su casa, pero los sentía tan pesados como dos rocas, apenas veía destellos de luz.

Esa vez no tuvo más remedio que abrirlos de golpe cuando sintió la presencia de dos policías frente a él. Aún así no pudo mantenerlos abiertos por mucho tiempo. Los cien pesos que traía en el bolsillo del pantalón, los policías se los arrebataron, después lo subieron a la patrulla, a pesar de que José intentó oponer resistencia soltando un par de manotazos descoordinados, que evidentemente, provocaron más risa que miedo.

La agresión

Se lo llevaron a la Comandancia de la colonia Nuevo Hermosillo. Esa madrugada, un policía de complexión robusta que vestía uniforme azul marino, lo acompañó hasta una de las celdas. En el pasillo José intentó golpearlo pero el guardia se zafó los golpes. Después lo aventó al suelo. José cayó de espaldas. Entonces el policía se agarró de uno de los barrotes de la celda y dejó caer todo su peso sobre el abdomen de José con la rodilla encima. La agresión terminó por atrofiarle las entrañas a José, que embrutecido por el alcohol, no pudo defenderse siquiera. El intenso dolor le salió por el rostro. Frunció el ceño cada vez más, abrió la boca y gimió primitivamente, aunque no consiguió alivio. La sangre le caminó despacio por fuera de la boca pero eso no le importó al llavero que lo agarró de las dos manos y lo arrastró por el suelo hasta aventarlo adentro de la celda. Luego la cerró con las llaves que no habían dejado de sonar.

Las horas más largas

José pudo haber muerto, de no haber sido por los socorristas de la Cruz Roja que lo llevaron al Hospital General. Ahí, después de una larga operación de la cual los doctores no esperaban mucho, José resistió. Para Lizeth habían sido las horas más largas. Lo encontró recostado en una de las camas del hospital. Estaba conectado a máquinas, había tubos por todos lados, pero él ni siquiera se quejaba por el frío de la habitación. Haberlo

visto en ese estado podría haber espantado a cualquiera, salvo a las enfermeras y a los doctores que diariamente están presentes en el momento justo en que la muerte termina por enfriar los cuerpos de algunos pacientes. El de José, respiraba al menos. Eso le daba esperanza a su esposa que apenas podía contener las lágrimas que le brotaban por los ojos de todas formas. En medio de su desgracia, intentó imaginar todas las desaventuras que viven y mueren en los hospitales sin conseguir justicia.

Le reacomodaron las entrañas

Los doctores le cortaron treinta centímetros de intestino a José. Le reacomodaron las entrañas, aunque no le auguraron ningún buen presagio sino todo lo contrario. Al parecer, había que tomar enserio esa cosa de la resignación para aceptar la muerte que llega en cualquier momento; pero Lizeth mejor buscó cómo llegar a las oficinas de la Comisión Estatal de Derechos Humanos para buscar ayuda.

La investigación

En la Comisión se llevó a cabo una investigación en donde se comprobó el abuso por parte de la autoridad. Todo había quedado grabado en una de las cámaras de seguridad de la Comandancia, por lo que se emitió una recomendación dirigida al Presidente Municipal de Hermosillo, Javier Gándara, para que entre otras acciones, iniciara y concluyera un procedimiento administrativo en contra del agente de Seguridad Pública Municipal que por poco mata a José.

Después de casi un año de que Lizeth denunciara el abuso que se cometió en contra de su esposo, el policía agresor aún continúa detenido pero el juez todavía no dicta sentencia; José trabaja como albañil cada vez un poco menos por la herida que aún le duele y Lizeth ya no va a casa de su patrona en la colonia Las Lomas. Cuando pasó lo de José, dejó de ir y la señora, como la llama ella, se buscó a otra empleada. Ahora hace tamales para vender, mientras que José ve con recelo a los policías y de repente siente nostalgia cuando se topa con la tienda Sanborns en donde lavaba carros para poder llegar a ser algún día ingeniero.



*Estos relatos se desprenden de casos reales, de quejas por abusos de autoridad que atiende la Comisión Estatal de Derechos Humanos. La recomendación que se emitió fue la 14/2010 y se puede consultar en www.cedhsonora.org.mx